

TEJIENDO IDENTIDAD

LA RUANA Y EL ALMA DE CÚCUNUBÁ

Por: **Adriana Sofía Chavarro Motta, Laura Camila Robles Ortíz, María José Guzmán Alfonso, María Alejandra Quintero Pineda y Diego Alejandro Castiblanco Bernal.**



*Devanadera con lana naranja y decoraciones en lana en una calle del pueblo Cucunubá.
Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.*



*Ruanas teñidas exhibidas para la venta.
Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.*

En las montañas frías del altiplano cundiboyacense, Cucunubá guarda un legado que se entreteje entre lana, historia y memoria. En este pueblo, donde las casas coloniales miran al pasado y los telares aún suenan, la ruana no es solo abrigo: es símbolo, sustento y herencia.

Es fundadora de pueblos con el tiple y con el hacha... sombra fiel de mis abuelos y tesoro de la patria. Eso decían Garzón y Collazos, un grupo originario de Ibagué, Tolima, fundado en 1938, por su inolvidable interpretación de *La ruana*. De todo se puede decir de esta prenda ancestral. La ruana ha hecho parte de nuestra identidad colombiana y, en especial, de la zona andina.

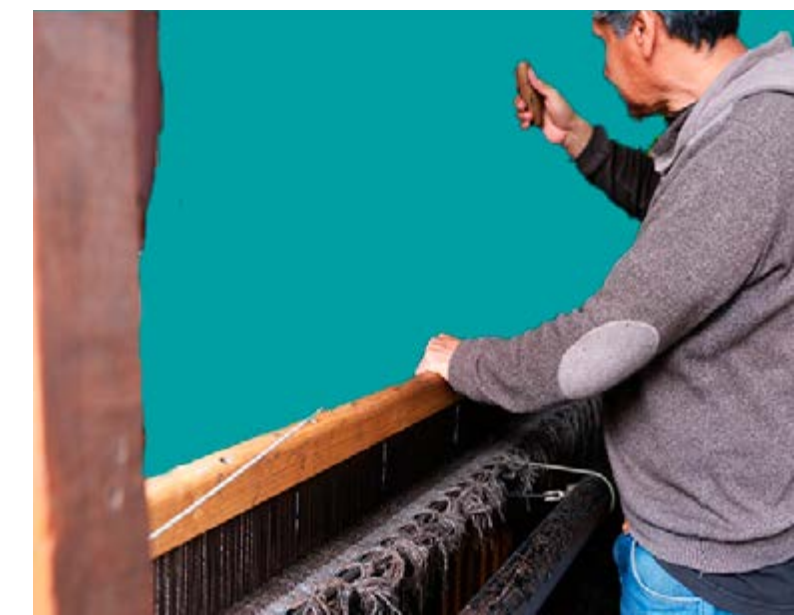
Es una prenda de abrigo gruesa, símbolo cultural y marca de muchas vidas; ha definido la identidad de poblaciones enteras.

Viajamos hasta Cucunubá, corazón textil de Cundinamarca, para conocer cómo este pueblo de tradición lanera ha hecho de la ruana y del trabajo con lana una insignia de su cultura. Luego de recorrer hermosos paisajes con montañas imponentes, llegamos a este pueblo ubicado a 88 km de Bogotá. El clima es frío, nublado, con neblina entre las montañas. Al pie de una de ellas se asienta este pequeño poblado de arquitectura colonial, con calles empedradas y casas blancas con teja de barro. El ambiente evoca tiempos pasados y nos envuelve en una nostalgia serena.

Allí nos encontramos con Otoniel del Río, artesano de toda la vida, quien nos invita a pasar a su taller, ubicado a pocos metros del parque principal. Con amabilidad y orgullo nos muestra el proceso de elaboración de este ícono colombiano. Nos cuenta,

además, cómo el trabajo de la lana ha impactado históricamente al municipio. “Este era un municipio donde todo el mundo tenía de a dos o tres telares en cada casa. Ahora quedamos por ahí unos 20 artesanos. Y competir con el exterior es muy difícil”, dice con nostalgia. Como ocurre con muchos oficios tradicionales, la industrialización y la demanda de productos de rápida elaboración han afectado esta práctica que durante décadas dio nombre y sustento al pueblo.

*Otoniel Del Río trabajando en el telar horizontal.
Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.*



Otoniel recuerda: “Yo me acuerdo mucho mucho que a las 3 de la mañana en Cucunubá se empezaban a mover carretillas sacando toda la mercancía que se iba a llevar a Bogotá. Se llamaba el mercado de la lana y se hacía todos los miércoles. Hoy en día se escucha del ‘madrugón’ en Bogotá, en el centro, pero ese madrugón se originó con los artesanos de Cucunubá que iban a vender allá. De aquí salían más o menos dos camiones repletos de mercancía, que se vendía donde antes se conocían como las Galerías Nariño. Le hablo de los años 70”.

La tradición textil en Cucunubá no es reciente. Otoniel aprendió viendo a sus abuelos y a sus padres que por generaciones se dedicaron al tejido: “uno aprende lo básico cuando es niño. Le tocaba empezar haciendo las cañuelas, elemento del telar que ayuda a organizar la urdimbre, que son los hilos verticales y permite que el tejido sea uniforme. De una no podía pasar al telar. A medida que uno iba mirando y tenía cierta edad ya podía aprender a usarlo, a montarlo, y comenzaba con tejidos básicos”.

Incluso antes de la llegada de los españoles, estas tierras ya eran de tejedores. El territorio que hoy ocupa Cucunubá estaba habitado por los muisca. Las evidencias de este asentamiento precolombino aún están en la vereda Pueblo Viejo. Los muisca tejían mantas de algodón en telares rudimentarios, verticales y de cintura. Con la colonización se introdujo la oveja, la lana y los telares horizontales que aún se usan en la actualidad. Esta fusión dio origen a un legado cultural que sigue presente en el pueblo y a la ruana tal como la conocemos.

En el taller de Otoniel este nos muestra con orgullo cada uno de los productos que fabrican: ruanas, suéteres, gorros, bufandas, chalecos, cobijas y más. Pero, sin duda, lo que más se fabrica es la ruana. “El proceso de una ruana cardada es de tres días, desde que llega la lana hasta que se termina. Hay que acomodarse al color de la oveja para armar madejas que estén parecidas”, nos explica. Es un proceso que involucra tanto la destreza del artesano como el trabajo comunitario: “todo inicia con el lavado de la lana. Nosotros la adquirimos de personas de las veredas que crían sus ovejas y se dedican a hilar”, comenta. Pero ese oficio también ha ido desapareciendo. Hay pocas personas que hilan hoy en día, lo que encarece y complica conseguir la materia prima. Muchos artesanos se ven obligados a importar o comprar lana de otras regiones. “Hace falta inversión para obtener mejor materia prima local. Muchos vellones se pierden porque no siempre el negocio es la lana, sino la carne. Entonces dejan perder la fibra”, lamenta.

Una vez limpia y seleccionada, si se va a teñir prefieren hacerlo de forma natural. “Como hacían los abuelos: con acacia, plantas de jardín, barba de piedra, vegetales como la pepa de aguacate, que da un color terracota muy bonito. Incluso usaban barro o el óxido de metales”.

Ovillos de lana.
Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.

Cuando la lana está lista se monta el telar: más de 800 hilos se colocan para formar la urdimbre. Luego se llenan las cañuelas que van en la lanzadera para tejer la trama. El proceso de tejido se hace con los pies, controlando el orden de los hilos, para crear distintos tipos de tejido. Generalmente se hacen sargas lisas o con patrones repetidos que forman figuras típicas como espinas o gallinetos. Una vez tejida, la ruana se desmonta y se le hacen los acabados: flecos, costuras con puntada tipo ojal, se le puede poner cuello o capota, según el diseño. Por último, si es necesario, se carda: Otoniel la peina con un cardador que deja la textura suave al tacto.

Las largas jornadas de trabajo artesanal, comunes en décadas anteriores, hoy solo se repiten durante eventos. Otoniel ha participado en muchos de ellos. Recuerda especialmente el Festilana, organizado por la Fundación Compartir, donde colaboró con reconocidos diseñadores: “trabajamos con Juan Pablo Socarrás y María Luisa Ortiz. Nosotros hacíamos las telas y se las llevábamos a los diseñadores, que confeccionaban lo que iban a presentar en la pasarela. Se sacaban unos cuatro atuendos por diseñador. Ahorita, como se acabó la fundación, ya es diferente”. También cuenta con emoción el proyecto en el que presentó un paño tipo inglés con los telares de Cucunubá a la embajada británica: “el proceso de hilandería se presentó al príncipe Carlos de Gales cuando vino a Colombia, en el año 2014. No vino acá, pero llevamos todo a la embajada. Ese día hubo desfile, fue el alcalde de Cucunubá, Pedro Gómez Barrera, Santos que era el presidente, y el príncipe Carlos. Fue un momento muy bonito. Por eso le digo que Cucunubá se ha logrado imponer a nivel internacional”, expresa con orgullo.

Actualmente, el festival Expolana, que se realiza en octubre, es un espacio vital para los artesanos. Además, Otoniel también es profesor en un colegio del municipio, donde desde hace un par de años se ha introducido la artesanía como materia para los estudiantes de grado 11. “Eso inició por una inquietud con un profesor. Veíamos que el

municipio siempre ha sido artesanal, pero ¿quién va a quedar con la tradición? Surgió la idea de articular la artesanía al pénsum educativo. No es fácil, siempre se requieren muchas cosas. Llevábamos casi ocho años intentándolo y este año hubo una luz. El objetivo es que los muchachos conozcan lo que hace su municipio. Que sepan que en Cucunubá se hacen productos en lana, que se hacen ruanas, y que estas se pueden vender en cualquier lado. Yo sé que todos no se van a quedar en el proceso, pero a alguno le va a gustar”, comenta con ilusión.

Al salir del taller nos dedicamos a recorrer más el pueblo y nos maravillamos con el arraigo de este oficio en Cucunubá, los telares y las ovejas en el parque principal, las personas pasando con sus ruanas en bicicletas camino a sus trabajos, un abuelo abrigado con su ruana sentado afuera de un portón viendo cómo pasa el día, imágenes que son comunes en muchos pueblos de la región del altiplano, que nos generan nostalgia y nos hacen conscientes del gran impacto cultural que tiene una prenda y una fibra en nosotros, en Colombia, que llevar una ruana es un orgullo.

Cucunubá no es solo un lugar donde se fabrican ruanas, es un pueblo donde la lana parece respirar con las montañas, donde las ovejas no son solo ganado sino símbolo, compañía y origen. Caminar por sus calles empedradas es ver cómo el tejido no solo está en los telares, sino también en las relaciones humanas: entre artesanos, entre generaciones, entre historia y presente. La tejeduría aquí no es una técnica, es una herencia que se transmite con hilos invisibles entre abuelas y nietos. En cada esquina del pueblo, la ruana no es solo prenda: es paisaje, es identidad, es memoria tejida. Entendemos entonces que Cucunubá no ha sido moldeado solo por el tiempo, sino también por la fibra; y que allí, más que una vestimenta, la ruana es una manera de habitar el mundo. Como dice la canción de Garzón y Collazos: “por eso cuando sus pliegues abrazo y ellos me abrazan, siento que mi ruana altiva me está abrigando es el alma”.

Ruana teñida exhibida para la venta.
Fotografía: Adriana Sofía Chavarro Motta.